

Bio-bibliografía de Augusto Roa Bastos¹

Nota biográfica

1917. Nace Augusto Roa Bastos en Asunción el 13 de junio. Su padre, Lucio Roa, había tenido que cerrar el negocio de importador de mercaderías y buscar empleo en una fábrica de azúcar de caña dulce en Iturbe, en la zona del Guairá, que será el escenario preferido de su narrativa. Ahí se traslada su mujer, Lucía Bastos, con el recién nacido Totí.

El mundo entró por primera vez en mí mediante imágenes, y no a través de los signos de escritura, pues viví en un lugar semi-salvaje en el que la idea de libro era algo mítico [...] Iturbe aparece en mi obra como Manorá, una palabra guaraní que significa *el lugar para la muerte*².

Allí asistí al crecimiento del ingenio azucarero, seguramente con la misma inconsciencia de la gente del lugar, pobrísima y primitiva, cuya vida iba a alterar para siempre la llegada de la técnica. La nuestra, también, por supuesto, en esa choza de adobe y paja en las rocosas barrancas de un río de nombre indígena intraducible al castellano. Allí estaban también las dos lenguas: un castellano puro, con sabor a clásicos españoles, dentro de la choza, y fuera, el guaraní, la lengua prohibida, oral y ancestral, zumbando a todas horas como esos insectos libadores que dejan el aire impregnado de olor a miel. Pero eso estaba del otro lado; eso era tierra prohibida, primero, para mí; luego, para mi hermana Emilia, que llegó un año después. Mis padres hablaban maravillosamente el guaraní, que es el verdadero idioma nacional y popular de Paraguay. Pero con los prejuicios de las familias criollas surgidas del patriciado capitalino, los padres no querían que sus hijos se contaminasen con la lengua zafia y plebeya de la incultura, del analfabetismo y del hambre. Mi padre, sobre todo, era

inflexible en esta prohibición. El descubrimiento de ese mundo salvaje; de esa gente, más que primitiva, primordial; de esa lengua gutural y melodiosa como el canto de los pájaros, se convirtió para nosotros en una obsesión secreta, contra la que nada podían las canciones de nuestra madre. Las lecturas de la Biblia por las noches o de las tragedias del extraño señor Shakespeare condensadas por un fanático suyo, otro más extraño aún señor Charles Lamb, y que mi madre nos leía en su edición española, mimándolas³.

En este lugar selvático vive el contraste entre naturaleza y tecnología; la destrucción de la selva, la maquinaria de la fábrica, el ferrocarril y el alumbrado eléctrico; las arrasadoras tormentas y el sonido de las armas de fuego por las frecuentes revueltas⁴. Una de esas tempestades que arrasó cuanto se puso por delante incorporó al hogar a una

¹ Interpretamos el encargo de Blas Matamoros como un homenaje a Roa Bastos y por ello lo aceptamos, conscientes de todas las limitaciones que supone realizar un trabajo bio-bibliográfico en el mes de diciembre, mitad académico y mitad vacacional, lo que supone servirse de un modesto archivo personal. Disculpen los lectores esta entrega e intérpretenla como un intento de ordenar unos materiales y contribuyamos todos a ampliar y elaborar una bibliografía más «completa», aspiración ciertamente loable, aunque sólo «posible» en la propaganda editorial; sirva de ejemplo el no abordar el importante apartado de traducciones. También evitaremos toda opinión personal, no por dejación crítica, sino por circunstancias a la estricta petición técnica para el merecido número homenaje de la revista Cuadernos Hispanoamericanos. ¡Salud don Augusto, a Vd. y a los suyos!

² Andrés F. Rubio: «Roa Bastos, la literatura como ascesis», El País [Madrid], 19 nov 1989, p. 30. Así recordará su primera experiencia de la parca: Jugaba con otros muchachos en el río Iturbe. «Frente a nuestra casa, en un recodo, había un balsa que servía a los troperos para pasar ganado a la otra orilla. Generalmente los troperos andaban borrachos, y cuando había creciente, caían al agua con facilidad. Uno de los juegos más frecuentes de mi infancia era la búsqueda de los ahogados en el lecho turbio del río. La primera vez que toqué a un muerto fue allí, en el fondo. Tendí las manos y palpé la cara, los cabellos del hombre. No he conseguido todavía que la sensación de la muerte se me fuera de ese rincón de la piel» (Tomás Eloy Martínez: «Todo Roa Bastos», Papel Literario de El Nacional [Caracas], 21 mayo 1978, p. 1).

³ Dasso Saldívar: «Augusto Roa Bastos. La ira tranquila», El País. Semanal [Madrid], n.º 445, 20 Oct. 1985, pp. 7 y 9.

⁴ Tras la presidencia de Eduardo Schaerer (1912-1916), el primero en cumplir el período de mandato constitucional desde el final de la guerra de la Triple Alianza (1870), retorna la inestabilidad política que se acentúa en 1920. La crisis económica provoca en octubre de 1921 una revolución y el presidente Manuel Gondra es obligado a renunciar, siendo nombrado provisionalmente Eusebio Ayala. Se suceden las revueltas y renunciaciones (Eligio Ayala, Luis Alberto Riart) hasta desembocar en una guerra civil (1922-1923). «[...] se unió en la infancia de Roa Bastos el de las armas de fuego en medio de las guerras y revoluciones que llegaban hasta aquel poblacho, y en una de las cuales, en 1922, detuvieron a su padre para hacerle hablar de unas imaginarias armas ocultas

anciana, pobrísima y esquelética, sólo hablaba en guaraní y conocía infinidad de relatos sobre la vida de la gente antigua, sobre mitos, leyendas y divinidades silvestres. Era una gloria. Mi madre también estaba encantada. Mi padre menos, pero tuvo que aguantárselas como el remate de su propia obra de caridad. Na Rufina nos enseñó a escondidas el guaraní, y como era un poco curandera y geomántica, muchas otras cosas más. Ah, doña Rufina, ¡cuánto la lloramos el día en que amaneció sola y callada definitivamente!⁵.

De su prehistoria literaria Roa relata la siguiente anécdota:

Lo primero que escribí en realidad eran unas esquelas de amor a una amada desconocida muy secreta, a la que a veces entreveía en la oscuridad blanca de las siestas. Yo le escribía cartas y se las ponía debajo de una piedra con la idea de que viniera a recogerlas. Pero las esquelas seguían allí, borradas por la lluvia. Un día encontré el papel arrugado, hecho una pelotilla, a un costado. Un poco tembloroso, deshice la pelotilla, la carta a la amada secreta estaba manchada de caca. Me lo tenía merecido, pero no quise aprender la lección: seguí escribiendo cartas⁶.

1925. El buen gobierno de Eligio Ayala (1924-1928) trajo la tranquilidad al país y generó una relativa recuperación económica, lo que permite al joven Roa ir a estudiar a Asunción, por la imposibilidad de seguir los estudios en Iturbe.

Mi padre me encomendó a una mujer (de la que hablo en *Hijo de hombre*⁷) que me inició en lo que yo llamo una vislumbre de vida sexual. En la vía férrea hacia la capital había un enorme zanjón, cavado por el estallido de unos explosivos durante alguna de las muchas revueltas que hubo en el Paraguay. En ese punto, los pasajeros debíamos trasbordar a otro tren. La mujer llevaba consigo a un hijo de pocos meses que aún amamantaba. Debimos esperar toda la noche a la intemperie. En algún momento vi al inocente mamar con entusiasmo y yo también (que tenía ocho años) me puse a mamar el otro pecho y sentí por primera vez una sensación erótica⁸.

Se aloja en casa de su tío, el obispo Hermenegildo Roa que tanta influencia ejerció en su formación y que retrataría en uno de sus primeros cuentos, «El viejo señor obispo»,

Paño me brindó su biblioteca, en la que entré con más avidez que los ratones. El Siglo de Oro relumbraba en los rincones entre las ringleras de los tomos en latín de la Patristica, de Teología y Derecho Canónico. Iba y venía de Cervantes a Quevedo, de Calderón a Góngora, de Lope a Gracián, pasando por los volúmenes escondidos de *La Celestina* y de *El lazarrillo de Tormes*. Pero *Don Quijote de la Mancha* se convirtió en mi predilecto. Desde aquellos años de adolescencia creo que lo he seguido leyendo y copiando sin cesar⁹.

1928. Es una fecha a la que Roa da particular relevancia por ser un evidente anticipo de lo que sucederá años más tarde con la guerra del Chaco

El espíritu nacional se sintió convocado. Cuando el enfrentamiento con Bolivia no se concretó, esos contingentes, en condiciones terribles de hambre, de necesidad, volvieron a sus lugares de origen. En todas partes se formaron comités de ayuda. Mi madre era de origen familiar culto. Ella fue mi gran maestra. Mi impulsora. Un día dijo: «vamos a formar una compañía de teatro independiente y vamos a hacer una gira por los pueblos para ayudar a esa pobre gente que regresa de la movilización». Y a mí me dijo: «tienes que escribir una pieza». Y la escribí. Tenía trece años¹⁰.

1931. Represión violenta de una manifestación que pedía la defensa del Chaco; se produce una masacre estudiantil. Cuenta catorce años y escribe su primer relato, «Lucha hasta el alba»

Este primer relato lo empecé a escribir en Iturbe al pálido fulgor de mi lámpara de luciérnagas, un frasco lleno de esos lámpiros que fosforecen en la noche paraguaya. Pero este manuscrito se perdió en los trajines de sucesivas migraciones y emigraciones. Más de 30 años después lo encontré, inexplicablemente, en un volumen de *El tratado de la pintura*, de Leonardo. El manuscrito, hecho a lápiz, estaba borroso y casi ilegible, y es uno de los que más quiero, con un afecto, por supuesto, no literario, sino vital, existencial¹¹.

1933. Cursaba tercero de bachillerato en el Colegio de los Padres de San José cuando estalla la guerra del Chaco (1932-1935):

hui del colegio, deslizándome del dormitorio por una escalera de sábanas anudadas, y me fui a la guerra. Soñaba con la purificación en el fuego de los combates. Me enviaron a los cuerpos auxiliares. Camillero de retaguardia, transportaba los cuerpos destruidos. Veía la muerte de los otros y me llenaba de heridas y lla-

en la factoría que administraba. En uno de los simulacros de fusilamiento para que confesara, un Roa Bastos de cinco años, creyendo que se trataba de un juego de adultos, se acercó a su padre, quien le pidió llorando y gritando que se fuera de allí mientras la primera descarga pasaba por encima de sus cabezas» (Andrés F. Rubio: art. cit. p. 30).

⁵ Dasso Saldívar: art. cit., p. 9.

⁶ Dasso Saldívar: art. cit., p. 9.

⁷ En el capítulo III el viaje lo realiza Miguel Vera.

⁸ Tomás Eloy Martínez: art. cit., p. 1.

⁹ Dasso Saldívar: art. cit., pp. 9 y 11. Vid. «Discurso de Augusto Roa Bastos en la entrega del premio Cervantes 1989», Augusto Roa Bastos: Premio de Literatura en Lengua Castellana «Miguel de Cervantes 1989», *Anthropos*, 1990, pp. 39-52.

¹⁰ Ernesto González Bermejo: «Roa Bastos: la trampa de la palabra», *Papel Literario de El Nacional [Caracas]*, 24 abr. 1977, p. 1. La tituló La carcajada y se trata de «la historia de un ex combatiente que volvía loco a su casa y encontraba su campo gastado por la destrucción y la maleza. En el fondo era feliz. Se reía todo el tiempo» (Tomás Eloy Martínez: art. cit., p. 4)

¹¹ Dasso Saldívar: art. cit., p. 11.